

Un vivaz retrato del historiador Joan Reglà, que tanto habló de moriscos y bandoleros, de librecambismo y de proteccionismo. Ese "ampurdanés desorientado" —dice Fuster— que primero se "catalanizó" y, luego se "valencianizó". Pero siempre de modo espontáneo

Nuestro Joan Reglà

Y digo "nuestro Joan Reglà" con un posesivo claro y enérgico, porque a nosotros, los valencianos, nos entregó una buena parte de su vida y de su obra, y de nosotros recibió, entre amigos y discípulos, unos estímulos y unos afectos que, sin duda, le enriquecieron moral e intelectualmente. Llegó a Valencia, como catedrático de no sé qué rama de Historia, en 1959, y nos dejó en 1972. En su facultad ya daban lecciones Miquel Dolç y Miquel Tarradell. El vino a sumarse a un "cambio" que, en Filosofía y Letras, se estaba gestando, y lo reforzó: contribuyó a reforzarlo. Por alguna razón burocrática, o política, no pudo ir a la Universidad de Barcelona. Las chabmas del escalafón, y las maniobras sórdidas de las covachuelas de Madrid, nos fueron favorables durante unos años. A Dolç, a Tarradell, a Reglà, se añadieron luego otros profesores, catalanes o no, que ventilaron las venerables aulas de la Valentina y propiciaron unas esperanzas, realizadas a la larga, de "renovación".

Todo hay que decirlo: si ellos, los "maestros", fueron decisivos, o pudieron serlo, se debió a que simultáneamente en el alumnado apuntaba una ansiedad inédita, tanto de "saber" como de "saber otras cosas" y de "saberlas de otra manera". Concretamente, en su especialidad Joan Reglà, delfín de Jaime Vicens Vives, aportó la iniciativa de una temática y de un método —una "metodología", si se quiere— que, en cierto modo, y sin saberlo, se estaba desando. La conjunción fue fecunda. Y de ello dan fe, no sólo sus propios papeles, sino también y sobre todo los que él sugirió y alentó, hasta crear un pequeño grupo de investigadores que se enfrentaron con el pasado del País Valenciano desde unas perspectivas más rigurosas y sobre unos materiales hasta entonces poco trabajados. Y de aquel impulso vivimos todavía, y reforzado. En la genealogía de los estudios valencianos de Historia Moderna y Contemporánea, el nombre de Reglà es la referencia inicial.

Búsquedas y mecenas

Mi trato con él siempre fue cordial y asiduo. Me hizo colaborar con él en dos libros sobre el bandolerismo catalán. Con él y con Tarradell montamos el tinglado de una *Historia del País Valencià*, todavía no terminada y en manos de Edi-

cions 62, que pudo haber sido, en su momento, algo muy importante, y que aún lo puede ser. No contaré ahora las incidencias de aquel proyecto —muy instructivas, por cierto—, a la búsqueda de mecenas, módicos, que lo habrían agilizado. No hubo tales "mecenas": peor, los posibles "mecenas" —un par de burgueses de coloración "valencianista": don Joaquim Reig y, detrás, don Ignasi Villalonga— se negaron a ayudar. El dato lo cedo a los futuros historiadores, que habrán de ocuparse de los que querían preparar "otra historia"... Y hacíamos breves tertulias en su despacho. Yo iba de Sueca a Valencia cada lunes, y del autobús me dirigía a la Universidad. Entre clase y clase, allí acudían Tarradell, Ubieto, Jover y algunos chicos innominados que hoy ya son catedráticos. Fue una buena época: efervescente. Mi presencia era meramente lateral. Calle mucho, y aprendí mucho de aquel cotarro y en aquel cotarro. Luego, ellos volvían a sus lecciones y yo a mi "bufete" —pura risa— de abogado...

Y fue muy curioso lo que ocurrió. Reglà nunca había sido demasiado "catalanista". Lo era de una especie espontánea, por su origen ampurdanés. Pero Vicens lo había frenado. Algún día habrá que pasar por el tamiz a ese gran historiador, o "padre de historiadores", que fue Jaime Vicens. Yo no llegué a conocerle personalmente —un saludo de paso— y no me atrevo a opinar. Josep Pla le dedicaba grandes elogios póstumos, pero los elogios de Pla siempre han sido peligrosos y contradictorios. Vicens Vives encarnó, le gustase o no, la bandera del "no-nacionalismo". No del "antinacionalismo". O sí. En este terreno hay detalles muy divertidos, para quien ve los toros desde la barrera. Martí de Riquer, al resumir eufóricamente las gestas de sus antepasados más o menos aristocráticos, concluye en una afirmación: los antepasados del conde de Casa-Dávalos —o como (aquí, un taco) sea la familia de Riquer— han sido sistemáticamente denostados por Ferran Soldevila. Vicens Vives se entusiasmó con don Fernando el Católico y chocó con la herencia "nacionalista" local. A estas alturas, todo eso hace reír. Don Ramón Menéndez Pidal, don Claudio Sánchez Albornoz, con Américo Castro y *l'altre quanti* han sido menendezpelayescos o, más grave todavía, unos his-

toriadores recargados de "nacionalismo". Inocentemente, Vicens Vives pensaba en Rovira i Virgili. Fue bastante ingenuo.

Reglà nunca fue un "catalanista" militante, como no lo fue Vicens. Pero una cosa era "hacer historia" desde Barcelona y otra desde Valencia. Reglà nunca fue "nacionalista" —se lo había prohibido Vicens—: sólo que, instalado en Valencia, metido en sus archivos, discutiendo con sus alumnos, contrastando sus documentos, descubrió "algo" que Vicens no llegó siquiera a plantearse. O sólo lo hizo tangencialmente. Eso de los "Países Catalans", sin ir más lejos, aunque hay en su *Noticia de Catalunya* alguna frase abierta a la "periferia". Vicens fue más provinciano de lo que sus herederos de cátedra creen, y como historiador "de provincias" pasará a la posteridad. No quiso caer en Guatemala y cayó en Guatemala. Lo bueno de Vicens, y lo que Reglà nos trajo a Valencia, fue la pasión por "lo social": si más no, la curiosidad por los mecanismos básicos de toda sociedad, la demografía, las estructuras, el dinero oficial, la estructura de clases (sin demasiada insistencia en ello), las combinaciones de intereses... Mis lecturas sobre el asunto son lejanas y no respondo de su autenticidad. ¿Ha habido un "accidente" tan colosalmente discutido como el Compromiso de Caspe y la instalación de los Trastámara en el trono de Aragón?

Adhesiones y oposiciones

Pero esto ya no tiene nada que ver con Joan Reglà, o sí, aunque inválido en su aplicación al País Valenciano. Una *Aproximació a la història del País Valencià* es, aparte de su contribución erudita sobre moriscos y bandoleros, un libro importante. Ni siquiera juraría que se titule así. Pero es un volumen decisivo: decisivo en la medida en que ha provocado adhesiones y oposiciones. La cultura, y la historia de que hablamos es un proceso de "corregir" y "aumentar". Lo que Joan Reglà hizo desde su cátedra fue eso. Cuando un solemne asno de Alianza Popular, diputado él, profirió en Televisión Española una divertida necedad filológica, yo pensaba en Joan Reglà. En nuestro Reglà "no-nacionalista" pero del Empordà. Y cuando, *rara avis*, alguien del Empordà aterrizó en Valencia y se hace cargo de

nuestros líos domésticos, descubre lo que hay que descubrir. Una "unidad". Yo creo que es una "unidad nacional". Reglà se dio cuenta de ello, y no con poca perplejidad.

Mejor o peor, Jaime Vicens Vives intentó ser el historiador de la "burguesía" del principado. Más que los "remenses", él estaba fascinado por el señor Duran i Bas, y de ahí no pasaba. Es una forma de decirlo. Joan Reglà, con las consignas de Vicens, se ocupó de los dramas de los moriscos y de los bandoleros: del "barroco" de los Países Catalanes. Y, aplicando el esquema, se atrevió a suscitarse el antiguo y clausurado debate del proteccionismo y el librecambismo. Cuando Reglà suscitaba esta curiosidad, el Estado español, si ya no "autárquico", era más proteccionista que todo el embrollo arancelario del siglo pasado y de principios del nuestro. Mis paisanos son "proteccionistas": lo fueron siempre, y por eso votaban a don Paco Peris Mencheta, fundador del "Ciero". Mi abuelo fue un triste "muñidor" para el "proteccionismo" y los arroceros, propietarios o no, se apuntaban. Los del pueblo de al lado, con naranjos de fruta exportable, fueron librecambistas... Y hoy todos son unos, desmochados y lúgubres, frente a la hostilidad agrícola del Mercado Común Europeo...

Joan Reglà, mientras estuvo con nosotros, no cejó de promocionar el análisis de las tremendas flaquezas colectivas del País Valenciano. Se ocupó de los moriscos. En esos manuales bobos de *Historia de España* se consignó el episodio. "Felipe III expulsó a los moriscos...". Expulsó —y esencialmente expulsó— a un tercio de la población valenciana de la época. Reglà precisó muchos datos sobre el particular. Y respecto a nuestro bandolerismo, ¿qué? La iniciativa venía de Braudel. El bandolerismo valenciano ha tenido el magnífico historiador que Reglà quiso que fuese: Sebastià García Martínez. Y, además, el tráfico portuario, los precios —discutidos desde Hamilton—, las angustias de las carestías, y... Reglà, mientras estuvo en su cátedra de Valencia, empujó a sus alumnos a "pentinar" todo eso: desde los moriscos y los agermanados hasta los "novatores" preilustrados y los doctos de la Ilustración. Mi admirado amigo el reverendo Antoni Mestre, de Oliva, ha publicado miles de páginas sobre y de don Gregorio



Joan Reglà, el delfín de Vicens Vives

Maians. Reglà animó a Mestre. Y lo oprobioso, para todos, es que esa atención por el XVIII —que Pierre Vilar comparte, ¡y tanto!— ya venía apuntada por un personaje increíble llamado mosén Clascar, traductor de medio Antiguo Testamento. Clascar, siendo un tímido seminarista, ya intuyó que la relación entre el Mayans de Oliva y el mundo de la Universidad de Cervera era un dato imprescindible...

Catalanizado

Con Reglà, con Tarradell, con Dolç, más tarde con Nadal, con Lluch, con Fontana, con Rosselló, la Universidad de Valencia se "catalanizó". Insisto: ellos fueron un "factor"; el otro, y más importante, fue la clientela. "Catalanizarse", en el País Valenciano, significa "valencianizarse". O viceversa. Joan Reglà, que no era precisamente un "catalanista", repito, como no lo fue el doctor Vicens Vives, sino un ampurdanés desorientado que cayó en una Valencia más desorientada todavía, se replanteó el problema. La muerte le interrumpió ser lo que era. Reglà no fue nunca un "catalanista" —como no lo fue el doctor Vicens Vives—, pero tampoco se emocionaron ambos con el "españolismo". La estolidez celtibérica ha dado más crédito a don Claudio y a don Américo que a Vicens Vives. Y el saldo ha sido poco amable para el recuerdo del doctor Vicens. Yo no estoy seguro de que Jaime Vicens i Vives supiera lo que se traía entre manos. Y lo digo por decirlo. Cuando Jaime Vicens se dedicó a incordiar, sólo se molestaron —y poco— Rovira i Virgili y Ferran Soldevila. Eso fue antes o durante la guerra de España. Parecía como si Vicens, para

hacerles la puñeta a sus predecesores, tenía que darle automáticamente la razón a Fernando el Católico. Y, documentos aparte, era así. Vicens fue el vocero de nuestro eterno "regionalismo burgués", que es mediocrememente burgués y ni llega a ser "regionalista". Dentro de un cuarto de siglo, nadie se preocupará de Vicens Vives como erudito. Será un erudito más. El Vicens Vives "ideólogo" fue un individuo servicial: servicial, amablemente, del Madrid académico, y despectivo, y con la ambición de ser lo que fue Estelrich con la Lliga. Este capítulo de la "historia de la cultura catalana" me llevaría muy lejos, y no vale la pena... Joan Reglà, colocado en Valencia, se agarró a unos vacíos de la historiografía local, y quiso arreglarlo. Fue un pequeño sismo académico. Con Reglà llegó Vicens, y los *Annales* y un pedazo memorable de "historia" europea. No gran cosa, al fin y al cabo. Pero fue una remoción considerable, y "catalanesca". Reglà no quiso ser señalado como "catalanista" porque era "catalán" (un catalán no catalanista).

Y Joan Reglà quedó, en su prolongado paso por Valencia, como un valenciano más. Como un ampurdanés que se hace valenciano: que baja al sur. Ramon Muntaner, de Peralada, vecino de Valencia, autoridad municipal de Valencia, negociante en el Mediterráneo, funcionario almogávar en Grecia, ¿qué fue sino eso?

Y ya hablaremos de estas cosas, con calma, en la Corte Celestial, donde Dios Nuestro Señor, infinitamente misericordioso, nos perdonará la vida. ¿Qué "vida"? Y uno se encoge de hombros.

JOAN FUSTER

Cataluña en la cultura de la crisis

EN otras ocasiones he utilizado la expresión cultura de la crisis para describir los fenómenos de orden diverso: creencias, ideas, comportamientos, creación artística..., que configuran la cultura del tiempo presente. Es una cultura que surge después de un periodo en que el saber, dominado por poderosas ideologías, estaba estructurado con altos grados de rigidez, de manera que irrumpe cuando los umbrales de homogeneización en los comportamientos sociales son todavía elevados. Y yo diría que los fenómenos que la caracterizan son dos: la inseguridad y la tecnología.

Inseguridad, porque es una cultura en estado de orfandad. Por eso es cultura de crisis. Una cultura que ha perdido sus puntos de referencia. Y en concreto el que había sido pieza articuladora de la modernidad: el Estado. Es esta sensación de orfandad la que explica fenómenos y modas con un ojo puesto en el pasado —posmodernidad, neorromanticismo...—, que no por el hecho de que se desvanecan casi a la misma velocidad con que nacieron dejan de ser significativos.

Tecnología, porque en el pulso con los grandes útiles de que el hombre se ha dotado en los últimos tiempos —y en especial, todo lo que tiene que ver con la informática— está el desenlace de la cultura de la crisis. Es la tecnología a la vez su esperanza y su horror. Impedir que la técnica adquiera una autonomía que le permita imponer al hombre maneras de hacer, pautas del actuar, es la primera exigencia de la cultura del futuro. De lo contrario estaríamos definitivamente en nuestras propias prótesis.

Pero al mismo tiempo hay que estar alerta ante los oscurantismos que huyen de la tecnología actual como los antiguos huían de la revolución científica ilustrada. Dejarse arrastrar por estas ideologías puede suponer, para un país, la pérdida definitiva del tren de las naciones civilizadas.

En estas fechas en que los medios de comunicación cumplen religiosamente el ritual de los balances de fin de año, a mí me parece que el fenómeno más importante —y en cierto sentido más positivo, en un contexto

que muchos describirán como descorazonador— que podemos apuntar en el haber de la cultura catalana es, sencillamente, haber entrado ya —como los países occidentales de punta— en la cultura de la crisis.

Retorno del pensamiento a la sociedad civil

Creo que realmente empieza a darse un debate cultural en que los restos de las viejas doctrinas que dominaron la modernidad, ya son sólo esto: residuos, y que, por tanto, está permitiendo establecer vías de reflexión ajenas a la dinámica esclerotizada de las ideologías de antaño. De alguna forma es ya una realidad culturalmente aceptada la urgencia de una nueva ilustración. Y con ello quiero decir que hay conciencia de la necesidad de recuperar la razón clásica, la razón de los librepensadores de siempre, frente a la razón política, de devolver el pensamiento demasiado tiempo secuestrado por el Estado a la sociedad civil. Con el riesgo, por supuesto, de que en el camino se interpongan los ordenadores.

Porque desvanecido el mito del Estado, comprendido que la redención no vendrá del lado de lo público, sencillamente porque no hay redención posible, en un mundo obligado a buscar el pacto contra la muerte y sumar imaginación a la vida cotidiana que el trabajo cada vez llenará menos, la cultura de la crisis es la oportunidad de buscar en la libertad el nuevo saber a que atenerse del hombre.

Una libertad concreta y descarnada, alejada, por tanto, de todo horizonte trascendental que le sirva de modelo y que le marque líneas de acomodo. Libertad desde la perspectiva del nihilismo humano: por tanto, libertad de afirmar y libertad de negar. Libertad de equivocarse, que en definitiva es el hecho capital que distingue al hombre de las demás especies animales: el ser capaz de equivocarse a conciencia.

Desvanecidas las ideologías que contemplaban la libertad con tanto recelo, y antes de que éstas impongan sus formas de reproducción, para las que la tecnocultura de la sociedad contemporánea ofrece medios

superfavorables, hay que reconstruir una cultura basada en la libertad. Y por tanto en las formas —por modestas que sean— que la hacen posible.

Por eso, en Cataluña la salida de la cultura de la crisis se juega por lo menos en tres frentes. En primer lugar, contra el monopolio de las ideologías y contra todo proyecto que presuma una concepción global de la manera de pensar y de vivir como país: es la urgencia de un pluralismo radical, único punto de partida posible para cualquier forma de pacto, si se quiere evitar que éste sirva como coartada para reducir los ámbitos de libertad real.

Necesidad de una cultura de libertad

En segundo lugar, contra los mecanismos de homogeneización derivados del control político de los medios de comunicación y de las principales vías de influencia cultural. Devolver la hegemonía social a la sociedad civil tiene sentido en la medida en que suponga reforzar los mecanismos de diferenciación:

Hegel nos describe perfectamente la sociedad civil como el lugar de diferenciación del individuo, entre dos momentos de alto grado de homogeneización, como son la familia y el Estado. Entender la cultura en estos términos, es realmente pasar de una cultura de Estado a una cultura de libertad.

Y el tercer frente conflictivo es el oscurantismo en todas sus modalidades: desde el doctrinarismo derivado de las implantaciones locales de las viejas ideologías europeas hasta el tradicionalismo nacionalista. Y, sobre todo, asumir sin temores ni puritanismos los tiempos presentes. Unos tiempos en que se dispone de medios capaces, a la vez, de destruir a la humanidad y de dotarla de cotas de bienestar jamás imaginadas. La libertad, más que nunca, es decisiva. Ya siempre viviremos sabiendo que el hombre puede destruirse a sí mismo. Negar esta evidencia, es negar la grandeza de la civilización occidental. La cultura de la libertad es una exigencia. Nuestra única salida.

JOSEP RAMONEDA